

LA EMBUSTERA



LA EMBUSTERA

¶ No he amado más que á una mujer en mi vida, nos decía un día el pintor D... He pasado con ella cinco años de perfecta felicidad. Puedo decir que le debo mi celebridad de hoy, porque á su lado el trabajo me era fácil y la inspiración acudía naturalmente.

Cuando la conocí me pareció que era mía desde tiempo inmemorial. Su belleza, su carácter, respondían á todas mis

ilusiones. Aquella mujer no me ha dejado nunca; murió en mi casa, entre mis brazos, amándome... Pues bien, cuando pienso en ella, me encolerizo.

Si procuro representármela tal como la vi durante cinco años, en el apogeo del amor, con su elevada y esbelta estatura, su dorada palidez, sus facciones de judía de Oriente, regulares y finísimas, su hablar lento, acariciador, como su mirada; si procuro dar cuerpo á esa deliciosa visión, es para decirle aún con más fuerza: «Te aborrezco.»

Se llamaba Clotilde. En la casa de los amigos donde nos vimos por primera vez, la conocían por la señora de Deloche, y decían que era viuda de un capitán de barco. En efecto, parecía que había viajado mucho. En la conversación le acontecía con frecuencia decir: «Cuando yo estaba en Tampico...;» ó bien: «una vez en la rada de Valparaíso...» Aparte esto, nada había en sus ademanes, en su lenguaje, que delatase la vida nómada, ni el desorden, la precipitación de las inesperadas salidas y de las bruscas llegadas. Era parisiense; se vestía con gus-

to exquisito, sin ninguno de esos detalles cursis que delatan á la esposa del marino acostumbrada á llevar con perfección el traje de viaje.

Cuando me dí cuenta de que la amaba, mi primera, mi única idea, fué pedirla en matrimonio. Alguien le habló de mí. Ella contestó sencillamente que no volvería á casarse en su vida. Desde entonces huí de verla, y como mi pensamiento estaba demasiado impresionado y no había manera de que trabajase, decidí viajar.

Haciendo estaba yo mis preparativos de viaje, cuando una mañana, en mi propia habitación, entre el desorden de los muebles abiertos y de las maletas á medio hacer, vi entrar, con gran estupor mío, á la señora de Deloche.

«¿Por qué se va usted? me dijo dulcemente... ¿Porque me ama? Yo también



le amo á usted... Solamente que soy casada.» Y me contó su historia.

Toda una novela de amor y de abandono. Su marido bebía y le pegaba. Se habían separado á los tres años de casados. Su familia, de la cual parecía estar muy orgullosa, ocupaba una elevada posición en París; pero desde que se casó no querían recibirla. Era sobrina del gran rabino. Su hermana, viuda de un militar de alta graduación, se había casado en segundas nupcias con el guarda general del bosque de Saint-Germain. Ella, arruinada por su marido, había, por fortuna, conservado de su primera educación una porción de habilidades, gracias á las cuales se ganaba la vida. Daba lecciones de piano en algunas buenas casas de la Calzada de Antin, del barrio Saint-Honoré, y ganaba de sobra para vivir...

La historia era conmovedora, pero un tanto larga; llena de deliciosas repeticiones y de esos incidentes interminables que embrollan los relatos femeniles. Así es que tardó algunos días en contármela. Yo había alquilado en la avenida de

la Emperatriz, entre calles silenciosas y jardinillos tranquilos, una casita para nosotros dos. Allí me hubiera pasado



un año oyéndola, mirándola, contemplándola, sin pensar en trabajar. Ella fué quien me hizo ir al estudio, y yo no pude prohibirlè que siguiese dando sus leccio-

nes. Aquella dignidad de su vida, de la cual era muy cuidadosa, me conmovía mucho. Admiraba yo aquel alma altiva y me sentía un poco humillado ante aquella firme voluntad de deberlo todo á su trabajo. Todo el día estábamos separados, y sólo por la noche nos reuníamos en nuestra casita.

¡Con qué satisfacción entraba yo allí, qué impacientemente cuando ella tardaba en volver, y qué alegre cuando la encontraba ya allí! De sus excursiones por París me llevaba ramos de flores y recuerdos. Algunas veces la obligaba á aceptar un regalo; pero ella, riendo, decía que era más rica que yo; y el hecho es que sus lecciones debían producir mucho, porque vestía siempre con gran elegancia y el traje negro que usaba por una coquetería de color y de belleza, tenía matices de terciopelo, de gro y de raso, y una riqueza de encajes de seda en la cual la vista descubría, bajo una sencillez aparente, un mundo de elegancias femeninas en los mil reflejos de un solo color.

Su profesión, decía ella, no tenía nada

de penosa. Todas sus discípulas, hijas de banqueros, de agentes de Bolsa, la adoraban, la respetaban; y más de una vez me enseñó una pulsera, una sortija,



que le daban en agradecimiento al interés que se tomaba por las discípulas. Fuera de las horas de trabajo no nos separábamos nunca, no íbamos á ninguna parte. Solamente los domingos iba ella á

Saint-Germain para ver á su hermana, la mujer del guarda general, con quien había hecho las paces. Yo la acompañaba hasta la estación. Volvía aquella misma noche, y con frecuencia, en los días largos, nos citábamos en una estación del camino, á la orilla del agua ó en el lindero del bosque. Me relataba su visita, el buen aspecto de los niños, la felicidad del matrimonio. Todo aquello me acongojaba por ella, privada para siempre de una verdadera familia, y yo redoblaba mis atenciones y caricias á fin de hacerle olvidar aquella falsa posición que debía de apenar mucho á un alma tan bien templada.

¡Qué tiempos aquellos tan felices! Yo no dudaba de nada. Todo cuanto decía parecía tan verdadero, tan natural... Sólo le censuraba una cosa. Alguna vez, al hablarme de las casas que frecuentaba, de las familias de sus discípulos, acudían á su boca en abundancia una porción de pormenores supuestos, de intrigas imaginarias que inventaba ella á despecho de todo. A pesar de su tranquilidad, veía siempre la novela en derredor

suyo, y su vida se pasaba en combinaciones dramáticas. Aquellas quimeras turbaban mi felicidad. Yo, que hubiera



querido alejarme del resto del mundo para vivir encerrado con ella, la encontraba demasiado ocupada en cosas indiferentes. Pero bien podía perdonarse este

defecto á una mujer joven y desgraciada, cuya vida había sido hasta entonces una verdadera novela triste, sin desenlace probable.

Una sola vez tuve una sospecha, ó, mejor dicho, un presentimiento. Un domingo por la noche no vino á dormir. Yo estaba desesperado. ¿Qué hacer? ¿Ir á Saint-Germain? Podía comprometerla. Sin embargo, después de una noche horrible estaba ya decidido á marchar en su busca, cuando se presentó muy pálida y muy turbada. Su hermana estaba enferma, y había creído que debía quedarse para velarla. Creí lo que me decía, sin desconfiar de aquel flujo de palabras que se desbordaban á cualquier pregunta mía, ahogando siempre la idea principal en una porción de pormenores inútiles: la hora de llegada, las descortesías de un empleado de la estación, el retraso del tren. Dos ó tres noches, en aquella misma semana, se quedó á dormir en Saint-Germain; luego, una vez terminada la enfermedad, volvió á su vida regular y tranquila.

Desgraciadamente, algún tiempo des-

pués le tocó á ella caer enferma. Un día volvía de sus lecciones temblorosa, mojada, febril. Declaróse una fluxión al pecho, grave desde el primer momento y pronto incurable, según me dijo el médico. Yo experimenté un dolor inmenso, enloquecedor. Después no pensé más que en endulzar sus últimos momentos. Aquella familia, á quien tanto quería, de quien tan orgullosa se mostraba, la llevaría yo allí, á la cabecera de la enferma. Sin decirle nada, escribí primero á su hermana, la que estaba en Saint-Germain, y en persona fuí á casa de su tío el gran rabino. No sé á qué hora inoportunamente me presenté. Las grandes catástrofes trastornan la vida por completo y la agitan hasta en sus más insignificantes por-



menores... Creo que el bueno del rabino estaba comiendo. Salió azorado y me recibió en la antesala.

—Caballero, le dije; hay momentos en los cuales deben cesar todos los odios...

Su respetable rostro se volvió hacia mí con expresión de asombro.

—La sobrina de usted se está muriendo.

—¡Mi sobrinal... No tengo ninguna sobrina; usted está equivocado.

—¡Oh! caballero; os ruego que olvidéis esos ridículos odios de familia... Hablo de la señora de Deloche, la mujer del capitán...

—No conozco á esa señora... Usted está confundido, hijo mío, se lo aseguro.

Y suavemente me llevaba hasta la puerta, tomándome, sin duda, por un mixtificador ó por un loco. Verdaderamente yo debía tener un aspecto muy extraño. ¡Lo que acababa de saber era tan inesperado, tan terrible!... ¡Me había engañado ella!... ¿Por qué?... De pronto se me ocurrió una idea. Hice que el coche me llevara á casa de una de sus discípulas, de la cual hablaba con mucha

frecuencia, la hija de un banquero muy conocido.

Pregunté al criado:

—¿La señora de Deloche?

—Aquí no es.

—Si, ya lo sé... Es una señora que da lección de piano á las señoritas.

—En casa no hay señoritas, ni piano siquiera... No sé yo qué quiere usted decir.

Y me dió con la puerta en las narices.

No continué haciendo averiguaciones. Estaba ya seguro de encontrarme en todas partes con la misma respuesta, con igual desengaño. Al entrar en nuestra casa me dieron una carta, que traía el sello del correo de Saint-Germain. La abrí, sabiendo por anticipado lo que contenía. Tampoco el guarda general conocía á la señora de Deloche. No tenía, además, ni mujer ni hijos.

Aquel fué el último golpe. Durante cinco años cada una de sus palabras había sido una mentira... Mil ideas de celos me acometieron á la vez, y como un loco, sin saber lo que hacía, entré en la alcoba donde estaba muriéndose. Todas las preguntas que me atormentaban

cayeron juntas sobre aquel lecho de dolor: «¿Qué ibas á hacer á Saint-Germain los domingos?... ¿En dónde pasabas los días?... ¿Dónde dormiste aquella noche?... Vamos, responde.» Y me inclinaba hacia ella, buscando en el fondo de sus ojos, bien altivos y hermosos, las respuestas que esperaba con angustia; pero ella permaneció muda, impasible.

Yo continué, temblando de rabia: «No dabas lecciones. He estado en todas partes. Nadie te conoce... Entonces, ¿de dónde salían esas alhajas, esos encajes, ese dinero?» Ella me dirigió una mirada de una horrible tristeza, y nada más... Verdaderamente debía dejarla morir tranquila... Pero la había amado demasiado. Los celos podían más que la compasión, y continué: «Me has estado engañando durante cinco años. Me has mentido todos los días, á todas las horas. Conocías mi vida, y yo nada sabía de la tuya. Nada, ni siquiera tu nombre. Por que ese, ese nombre que usabas no era el tuyo, ¿verdad?... ¡Oh! ¡La embustera, la embustera!... Pensar que se va á morir y que no sé cómo llamarla... Vamos,

¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Á qué te has cruzado en mi camino?... ¡Habla! ¡Dime algo!»

¡Esfuerzos inútiles! En lugar de responder, volvía trabajosamente la cara hacia la pared, como si hubiera temido que su última mirada me descubriese su secreto... ¡Y así murió la infeliz! Murió disimulándose, mintiendo hasta el final.

